

LA SEMANA SANTA DE LOS TEPEHUANOS DEL SUR

Juan Gamiño

José Luis Moctezuma

Grissel Soto

María Ambriz

Joaquín Páez

A la memoria de Don Juan Graciano Avitia, quien durante 39 años fuera primer capitán de Fariseos.

Enclavado en las montañas de la Sierra Madre Occidental, el grupo étnico denominado *tepehuanos* se encuentra dividido en dos: los del norte, que habitan en la parte sur del estado de Chihuahua, y los del sur, que se distribuyen al norte del estado de Nayarit y al sur del estado de Durango. Sobre éstos últimos hablaremos en las siguientes páginas.

La lengua con la que expresan su visión y sentir del mundo —y que hoy lucha por sobrevivir junto al castellano— es la tepehuana, que pertenece a la familia lingüística sonorensis, del tronco *yutonahua*. En 1980 había 11 510 habitantes que se repartían en las comunidades de San Bernardino de Milpillitas Chico y San Francisco Lajas, en el municipio de Pueblo Nuevo, Durango; Santa María Magdalena Taxicaringa, Santiago Teneraca, Santa María Ocotán y San Francisco Ocotán, en el municipio del Mezquital, Durango; San Andrés Milpillitas Grande, del municipio de Huajicori, Nayarit. Cada uno de estos asentamientos cuenta con sus respectivos anexos y rancherías, diseminados por las montañas y barrancas.

Más de la mitad del territorio está cubierto por un bosque de coníferas, en el que predomina la familia pináceas (principalmente la especie *pinus ponderosa*). La historia de siempre: tal riqueza maderera, así como sus derivados, es usufructuada por un buen número de

compañías madereras que dejan para los tepehuanos la explotación limitada de los bosques ejidales, debido a la carencia de recursos financieros y de insumos de todo tipo, y falta de experiencia en las luchas del mercado.

Como el bosque, por el momento, no deja suficiente para todos, las familias tepehuanas producen para el autoconsumo y cultivan, principalmente, maíz, frijol y calabaza; también crían ganado bovino, caprino, equino, ovino, mular y porcino. Se alimentan de tortillas, frijol, chile, atole blanco, té de diferentes yerbas, en otoño y verano consumen queso y poca leche; la carne (de aves, reses o pescados) es alimento de fiestas; depende de las temporadas y del clima específico de cada región el que puedan consumir verduras, legumbres y frutas como durazno, ciruelo, chabacano, mango, zapote. Para satisfacer varias de las necesidades familiares, muchos tepehuanos se van a los aserraderos a trabajar en calidad de asalariados.

La comunidad de San Bernardino de Milpillitas Chico, en la que asistimos a la Semana Santa, se localiza al norte del municipio de Pueblo Nuevo. Tiene una extensión territorial de 1 599.3 km², colinda al norte con el ejido de El Refugio y Cuevecillas, al sur con San Francisco Lajas, al este con Santa María Magdalena Taxicaringa, y al oeste con el ejido de Pueblo Nuevo. En San Bernardino se encuentra la Jefatura de Cuartel, sede de las autoridades civiles y religiosas de todos los anexos y rancherías que pertenecen a esta comunidad: gobernador, secretario, jueces, regidores, alguaciles, topiles, deportado y alférez; mayordomo, prioste, pasionero y fiscal.

Los habitantes de San Bernardino y sus alrededores se sienten orgullosos de ser tepehuanos. El sentimiento de orgullo, en buena parte, descansa en que ellos continúan perpetuando *el costumbre* es decir que cumplen con sus deberes al interior de la comunidad y participan en cada una de las tareas y fiestas colectivas: elección y cambio de autoridades civiles y religiosas, día de la Virgen de la Candelaria (2 de febrero), Semana Santa, día de Muertos, día del Patrón San Bernardino (20 de mayo), día del Santo Señor Santiago (25 de julio), día de San Francisco (4 de octubre), en los *mitotes* comunales y en los familiares.

Los *mitotes* son rituales religiosos en los que se sacrifican los primeros frutos de la cosecha de maíz, acompañados de música de arco, canciones del músico y danzas circulares de los asistentes durante toda una noche. Los *mitotes* familiares se ejecutan en un patio circular y pequeño, al que acuden sólo familiares del cabeza de familia que ha preparado la ceremonia y deben llevarse a cabo una vez al año; los comunales suceden en un patio de mayores dimensiones que se encuentra cercano a la comunidad, todos los miembros tienen la obligación de participar las cinco ocasiones al año en que se escenifican. Los *mitotes* tienen como finalidad pedir a lo sagrado por el bien de todos los hombres, solicitar que las cosechas de maíz del año venidero no se malogren, ahuyentar enfermedades y males que puedan andar rondando a las familias y a la colectividad.

La comunidad cuenta con un modesto aserradero y una pequeña fábrica de cajas de madera. El ir y venir de camiones madereros le significa a la comunidad un contacto permanente con la sociedad nacional, que se traduce en una pérdida paulatina de la lengua tepehuana, aunada a un proceso gradual y sostenido de mestizaje, de asimilación cultural que invade todos los ámbitos de la vida social del grupo.

A pesar de lo anterior, *el costumbre* permanece, se cierra sobre sí mismo en un buen número de rituales religiosos, como los expresados líneas arriba, que condensan la visión del mundo y el sentido de la vida de los tepehuanos, que los obligan a mantener, a pesar de todo y contra todo, la cohesión y la identidad del grupo. Un ejemplo de ello es la Semana Santa, cuya descripción hacemos a continuación y que es producto de dos visitas hechas a la comunidad en 1986 y 1987. Es un ejercicio de descripción lo más apegada a lo que vimos; redactamos el texto de tal manera que fuera posible prescindir de las notas, con la clara intención de hacer más fluida la lectura. Al final de este escrito encontrará el lector interesado una bibliografía mínima, que le habrá de proporcionar mayor información sobre otros aspectos de la vida social de los tepehuanos.

Semana Santa

Desde el día dos de febrero, día de la Virgen de la Candelaria, y hasta el ocho del mismo mes se desarrollan una serie de actos encaminados a que las autoridades comunales, que fueron elegidas y nombradas el día cuatro de octubre —día de San Francisco—, asuman efectivamente los cargos de gobierno que les fueron encomendados por un año; tiempo en el que habrán de trabajar y vigilar el bien de la comunidad sin cobrar sueldo alguno.

Como primera tarea, las nuevas autoridades tienen que iniciar los preparativos que lleven a buen término todas las labores de la Semana Mayor de la Semana Santa. Desde los primeros días de febrero, días de incesante actividad, arrancan los preparativos, aprovechando la asistencia de un buen número de gentes de todos los anexos y rancherías que dependen de la comunidad; días que son una buena ocasión para que los grupos que participan en escenificar la pasión del Nazareno se reúnan, platiquen y reciban las instrucciones necesarias para que nada falte en los días que tienen que cumplir con su obligación.

Los llamados fariseos son uno de esos grupos que, convocados por su primer capitán, reciben de él varias recomendaciones y, prin-



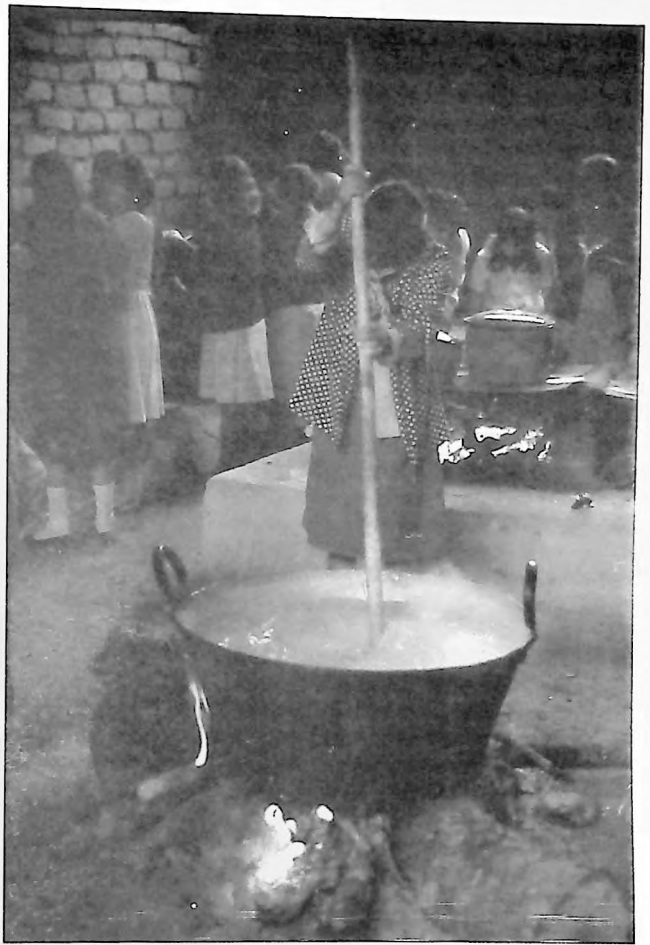
cialmente, la orden de ir alistándose en la compra de paños rojos, de tintas de colores brillantes, de ir al monte a cortar un pino tierno y delgado para dejarlo secar. Los fariseos se despiden con la promesa de volver a reunirse para el Miércoles de Ceniza

En esta fecha la reunión es encabezada por el primer y el segundo capitán de los fariseos —los fariseos de línea suman treinta y seis, número que, por diversos motivos, rara vez se completa—, sin embargo, por lo general se juntan dieciocho. Allí se encargan de precisar todos los detalles y de dar solución a cualquier tipo de problema que se presente. Si todo está en regla, se citan con los aprestos necesarios para el miércoles de Semana Santa, Miércoles de Tinieblas.

La comunidad reparte su asentamiento poblacional en dos pequeños valles que corren del este al oeste, bordeados por montañas de pinos y encinos jóvenes. A esos valles los divide un conjunto de lomas. En uno de ellos, se encuentra el aserradero, la fábrica de cajas de madera y las oficinas de la empresa comunal. La mayor parte de la población distribuye sus casas de madera y de adobe en el otro valle, y en las faldas de los montes que lo circundan. Allí, casi hasta el final del poblado y en dirección al poniente, se encuentran las edificaciones de la Jefatura de Cuartel, la cárcel, la Casa Real, la Cocina del Gobierno, la Cocina del Mayordomo, el Templo y el Aposentillo. Es en esta zona en la que tienen lugar la mayor parte de los actos de la Semana Mayor.

Casi oscurece el Miércoles de Tinieblas cuando algunos hombres van colocando frente al Aposentillo gruesos leños de encino para encender una hoguera. Los leños proceden de las cocinas del gobierno y del mayordomo, que después del mediodía han iniciado la preparación del atole, los frijoles y las tortillas que habrán de consumirse en grandes cantidades durante los dos días siguientes. Se enciende la hoguera y su calor convoca a hombres jóvenes, maduros y niños.

Empiezan a llegar los fariseos; se les reconoce porque traen su sombrero envuelto con un paliacate rojo y porque llevan unas lanzas largas, como de dos metros y medio de pino descascarado, decoradas con líneas delgadas, multicolores, rematadas en una punta teñida de rojo. Se acercan por ahí, afanosos y vigilantes, los cabos y alguaciles que llevan unas pequeñas lanzas de otate con



punta de acero ya oxidado, con listoncitos rojos, verdes, blancos, amarillos —uno, en vez de lanza porta una espada—; llevan también atado a la cintura un mecate entretreído y portan una varita larga y flexible. Ellos van al templo y de él traen un tamborcito pequeño de madera con piel de venado y una mesa larga, también de madera, y los llevan adentro del Aposentillo.

A los lados de la entrada del Aposentillo descansan las lanzas de los fariseos, ellos esperan en el interior sentados sobre unas vigas largas que han colocado, una de cada lado, en las paredes laterales; en la pared del fondo han puesto la mesa y sobre ella algunos sombreros envueltos en su paliacate rojo, una vela de cebo larga y sin encender, el tambor y el bastón de mando del primer capitán. El y el segundo capitán presiden la reunión, sus compañeros esperan a que estén todos reunidos, y que llegue la hora de iniciar su labor.

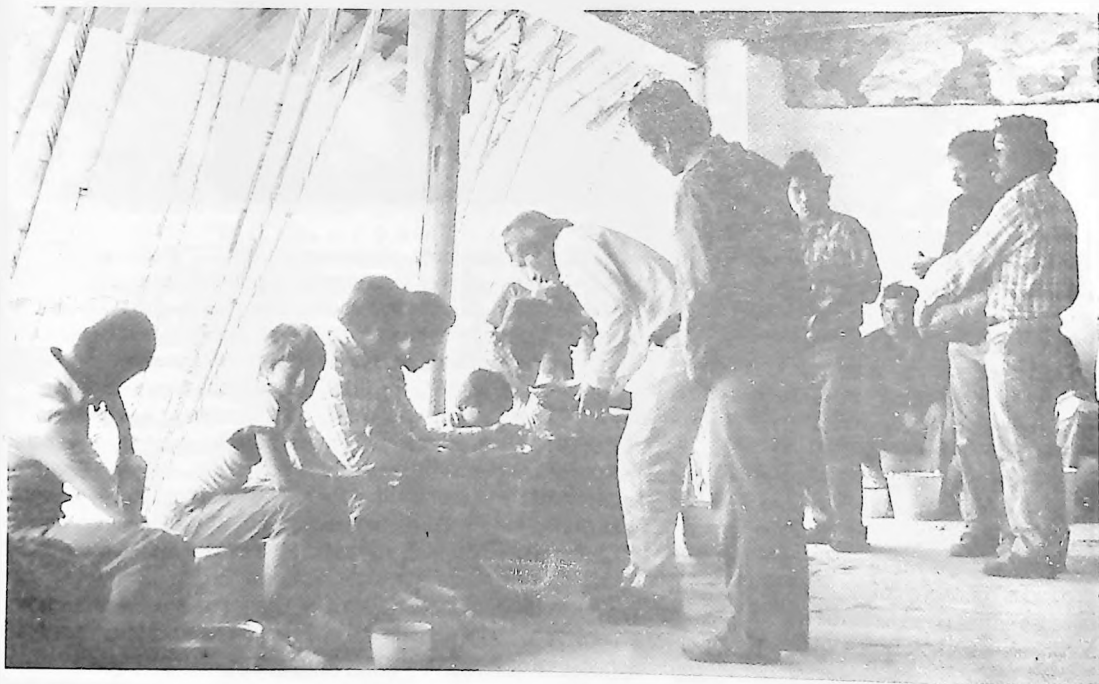
Alrededor de las ocho de la noche, cuando se encuentran reunidos, el primer capitán le pide a uno de los alguaciles "que por favor vaya por el gobernador de la comunidad porque quiere hablar con él". Los fariseos

esperan la llegada del gobernador, quien arriba precedido por el alguacil emisario, después de anunciarlo lo invita a pasar. El gobernador saluda respetuosamente al primer capitán y a todos los presentes y se pone a sus órdenes. Por su parte, y también en un tono de mucho respeto, el primer capitán le explica que "como bien puede ver ya se encuentran todos reunidos y que por esto mismo ha llegado la hora de ir a la iglesia por el Nazareno"; le pregunta que si existe algún inconveniente para proceder se lo notifique. El gobernador responde que no existe ningún impedimento y que lo disculpen por no prestarles toda la ayuda necesaria, pues él en esos momentos se encuentra ocupado en otras tareas. El primer capitán agradece, y enseguida da la orden de partir hacia la iglesia.

Salen los fariseos con sus lanzas del Aposentillo; se forman frente a él en dos filas paralelas, de ocho hombres cada una, mirando hacia el templo, inclinan hacia adentro las lanzas, que forman en la altura un conjunto colorido de equis. Encabezan la formación los dos capitanes, seguidos de los cabos y alguaciles, vienen después todos los fariseos de línea. Llegan al templo; en la puerta los recibe el Jportado dando ténues redobles sobre un tamborcito. Detrás de ellos entran hombres, mujeres y niños que en el interior toman su lugar: varones del lado izquierdo, mujeres del lado derecho. Los fariseos siguen hacia el altar, llegan frente al Nazareno, le hablan y le notifican que se encuentra prisionero, Dos hombres lo toman en sus brazos y los demás lo rodean; el segundo capitán hace sonar el tambor que lleva con fuertes redobles, tañen diminutas campanas, un niño hace percutir una pequeña matraca: Jesús el Nazareno ha sido hecho prisionero por los fariseos.

Salen del templo, el Nazareno va atado de manos con la cuerda que lleva el segundo capitán —quien porta al hombro una espada de madera decorada y pintada como las lanzas— y da fuertes redobles al tamborcito; el Nazareno con una corona de espinas verdes, rostro de sufrimiento, y su túnica morada de vivos amarillos, es llevado por dos hombres en medio de la dos filas de fariseos, porque el Nazareno es pequeño como un niño de seis años. Lo acompañan dos cantadores y un coro femenino que entona cánticos en los que se narra la terrible y desgraciada captura. En el atrio suena la campana, la matraca enorme, los tambores, las pequeñas maracas, los toros...

El Nazareno es conducido directamente hacia su prisión, el Aposentillo. Allí, frente a la mesa, han colocado en el piso un petate nuevecito y sobre él descansan al Nazareno que se queda con la cara mirando hacia la puerta. Cerca y frente de él clavan una estaquita, también decorada y pintada como las lanzas, a ella lo ata su captor. Los fariseos han tomado sus lugares en las bancas; parte de la gente que los seguía entra, algunos llevan velas encendidas. Frente al Nazareno ponen





un madero con cinco ceras encendidas, detrás una cruz. Mientras, los dos hombres cantadores continúan narrando la captura de Jesús y les responde el coro de mujeres arrodilladas.

Cerca de las nueve de la noche cesan los cantos; los fariseos y sus capitanes salen del Aposentillo. Las mujeres se acercan de rodillas a la figura del Nazareno, se persignan y acercan el rostro a su mano izquierda y dicen algo. Como diez mujeres, niñas y adultas, hacen estas reverencias. La gente se retira y el Nazareno va quedando solo. Afuera, un grupo de hombres se reúne al calor de la hoguera; el primer capitán ordena a sus subordinados que vayan a su casa por cobijas, pues esa noche y la siguiente habrán de quedarse a velar junto con los nazarenos a su prisionero.

El Jueves Santo, alrededor de las ocho de la mañana, alguaciles y cabos, en compañía de un grupo de voluntarios, se entregan a la tarea de limpiar el camino. barren con ramas de pino, la tierra por donde habrá de pasar en la tarde la procesión que acompaña al Nazareno en su *via crucis*.

Ese camino es un circuito que mide aproximadamente un kilómetro y medio, que empie-

za y termina en la iglesia, pasando por el Aposentillo, y que recorre casi la totalidad del pequeño valle. Después de barrer, cabos y alguaciles colocan los cuatro calvarios, uno en cada punto cardinal.

Como a las seis de la mañana, de cada cocina llevan al interior del templo dos cazuelas de frijoles, dos de atole y una buena dotación de tortillas. En el interior, las depositan sobre unos petates, cerca del altar, y ahí las dejan durante media hora aproximadamente. Transcurrido ese tiempo sacan las cazuelas con los alimentos y, sobre los petates, las colocan en el atrio, casi frente al templo, e inicia un intercambio de alimentos entre los representantes de cocinas. Los del mayordomo reciben los alimentos de los gobernadores y éstos de los del mayordomo.

Mientras, en el interior del templo algunas imágenes son descolgadas de sus lugares y todas, sin excepción, son cubiertas. Después del intercambio de alimentos, cada grupo regresa a su respectiva cocina a continuar con sus tareas.

A las doce del día, al unísono y durante unos minutos, tocan la campana y lanzan al cielo cohetes. Desde ese momento los fariseos asumen toda la autoridad civil y religiosa, y van a la Jefatura por las llaves de la cárcel del pueblo. Desde ese momento y hasta el Sábado de Gloria a mediodía, el primer capitán de fariseos asume toda la autoridad y toda la responsabilidad; queda prohibido vender en las tiendas, tomar alcohol, bañarse, enamorar, hacer sonar campana alguna, se interrumpe la energía eléctrica y no debe oírse música por ningún motivo. A esta hora los fariseos van al templo y descubren las imágenes y bajan aquéllas que aún se encuentran colgadas, colo-



cando dos hileras de petates en las que descansan de un lado los crucifijos y del otro los santos, poniendo debajo telas blancas.

Cerca de la una de la tarde, los fariseos se forman frente al Aposentillo y, sin mayores preámbulos, se dirigen a la iglesia. Van a traer las figuras del Santo Señor Santiago y de la Virgen de la Soledad; son dos esculturas que habrán de acompañar en su prisión al Nazareno. Después de depositar en la mesa, que está detrás del prisionero, al Santo Patrón Santiago y a la Virgen, un grupo de fariseos acompañados por un cabo, sale a recorrer el poblado para vigilar que todo transcurra sin contratiempo. Otro grupo permanece frente al Aposentillo haciendo guardia con ellos se quedan sus capitanes. Por su parte, las autoridades hacen guardia dentro del templo, dos por parte de la Jefatura y dos por parte de la iglesia.

Dos fariseos traen del templo una ollita de barro, ella acompañará al Nazareno por la estación del *via crucis*, rebosante de agua de pozo y adornada con flores y hojas de cielo blancas y amarillas.

Mientras tanto, el primer capitán pide al alguacil que seleccione a dos niños, de los muchos que están en el atrio, al pie de la matraca grande. Les entrega sendas matracas pequeñas; con las cuales habrán de echar la primera carrera por el camino del *via crucis*; el sonido de las matracas sustituye al de la campana y con ellas van los niños avisando al pueblo, llamándolo para que se prepare. Durante la carrera, los que están al pie de la matraca grande la hacen sonar sin parar, agregando agua a los otates y a la madera para que, durante la percusión, no se quiebren los trozos de oate: la humedad amortiguará el golpe. Hasta el Sábado de Gloria ésa será una de las labores principales de los niños de este pueblo.

En el interior del Aposentillo, al Nazareno le han sustituido la cuerda de pita por un hilo morado que le ata las manos a la estaca. Los dos cantadores hombres entonan cánticos sobre el martirio de Jesús, por culpa del ingrato pecador. "En la columna lo ataron, los soldados con fervor cinco mil azotes le dieron, por tí ingrato pecador".

Como a las dos y media de la tarde, los cargadores de Cristo, o cristeros, se van a las faldas de un cerro cercano a cortar ramas de capulín. Con ellas elaboran, al pie del árbol, unas coronas que durante las procesiones del jueves y del viernes ceñirán a sus cabezas.

Cerca de las tres de la tarde parten dos carreras más de niños, con un intervalo entre una y otra de treinta minutos. Ellos llevan sus matraquitas y la que está en el atrio "suena y suena". Vienen del pie del cerro los cristeros y traen un enorme bulto blanco en el que llevan las coronas. Entran en el templo.

Alrededor de las tres y media, el primer capitán concentra a sus hombres frente al Aposentillo, los forma y parten hacia la Casa Real, llevando sus lanzas y unas ollas de peltre o unas cubetas de plástico. Frente a ésta, se encuentran las dos cocinas, —la del gobernador y la del mayordomo—, en las cuales los fariseos esperan en un portal amplio y enorme, a que de cada una de ellas empiecen a servir los alimentos.

El primer servicio lo hacen de la cocina del gobernador, vienen los jueces con sus ayudantes y reparten, en unas jcaras de barro y de buen tamaño, frijoles, que reciben con agrado

fariseos, nazarenos y acompañantes en sus ollitas y cubetas. Después el atole y las tortillas. Al terminar, la cocina del mayordomo inicia su ronda con los mismos procedimientos y en el mismo orden. Muy pocos de los ahí presentes prueban los alimentos; la mayoría los guardan en sus recipientes que, después de las dos vueltas de repartición, rebozan de frijoles, atole y tortillas.

Cuando se ha repartido a todos, y no falta nadie por servir, los representantes del gobernador y del mayordomo se dirigen, cada uno en su momento, a los presentes diciéndoles que

agradecen mucho su asistencia y esperan que los perdonen por haberles dado tan poco, que ellos hubieran querido ofrecerles más. Los fariseos y acompañantes replican diciendo que por el contrario, ellos agradecen las atenciones, argumentando que los alimentos han sido más que suficientes. Acto seguido, se levantan y se retiran cada uno por su rumbo, llevando sus lanzas y sus ollitas: van a sus casas a compartir con su familia el alimento.

Entre las cuatro y seis y media de la tarde, todos los que participan en la procesión hacen los preparativos necesarios. Los fariseos y los nazarenos acomodan al Nazareno en un banco de respaldo, a una *ataushcar*, y en la parte de abajo le amarran dos tiras macizas y largas de pino para poder transportarlo en andas; dentro del templo los cristeros preparan los crucifijos que llevarán sobre el hombro.

Cerca de las seis y media de la tarde se acomodan los participantes en el interior del templo. En la entrada, de cara al atrio, se colocan en línea tres niños: el de en medio lleva una cruz de hoja de lata metida en una vara de otate larga; a cada lado de él va otro portando



candeleros similares con velas encendidas. Detrás de estos tres niños se forman otros dos, llevan levantada hacia arriba una matraca. Detrás de ellos, una larga fila de cristeros que portan el crucifijo sobre el hombro izquierdo se cubren la cabeza con la corona de hojas de capulín y, para no tocar el crucifijo, se ponen en el hombro y la mano un paliacate; son once crucifijos, el que cierra la fila es el de mayor tamaño; a esta fila la rodean otros cristeros, quienes durante el recorrido relevarán a los portadores. Siguen a esta fila tres jóvenes que, uno tras otro, portan las imágenes de San José, San Bernardino y otra pequeña de un santo franciscano. Detrás de ellos se forman mujeres que, por parejas o en fila, llevan imágenes de la Virgen María y retablos de la Virgen de Guadalupe. Acompañan a todos estos cargadores un buen número de personas que irán relevándolos en la tarea.

Cuando todo este conjunto avanza y sale del templo al atrio, los niños que han estado al pie de la matraca, unos veinticinco que no llegan a los doce años, se colocan a la cabeza de la procesión bajo la vigilancia del topil, quien habrá de vigilar su orden y buen comportamiento. Por su parte, a los niños que portan cruces, candeleros y matracas, los vigila un alguacil de la iglesia. Al lado del Nazareno van dos niños y dos adultos vestidos de color morado y con un lazo al cuello; forman parejas intercambiables en los relevos que transportan a los crucifijos. Casi al final de estos grupos en formación, cerca de los jóvenes que portan imágenes de santos, van dos músicos: uno toca sones tristes en un violín, acompañado de otro que hace sonar suavemente un tambor. Cierran la procesión, a una buena distancia del grupo, tres hombres en

línea; el de en medio lleva una enorme tambora, y los deallado llevan, cada uno, una *caguayana* (enorme machete de acero).

Por su parte, los fariseos se forman frente al Aposentillo y, en cuanto ven que la procesión se asoma a la puerta del atrio, ordenan a los nazarenos que traigan a Jesús. Con el Nazareno en andas se colocan en el centro de las dos líneas de fariseos. Junto a los portadores, de cada lado, se colocan dos hombres que llevan al hombro sendas carabinas. El Nazareno sale, los fariseos inclinan hacia él sus lanzas como protegiéndolo. La cabeza de la procesión se detiene frente al Nazareno y le brinda reverencias. En cuanto el último crucifijo pasa frente a él, inmediatamente avanzan los fariseos con su prisionero y se colocan justo detrás de aquél. Con este acto se completa el grupo de procesión.

Mientras el Nazareno va por el *via crucis*, la matraca grande que está en el atrio no deja de tocar. De esa tarea se encargan los niños que se han quedado de guardia. Entre el crucifijo y el Nazareno se han colocado los dos hombres cantores y el coro de mujeres que entonan cantos sobre la Pasión. Camina la procesión lentamente, y por momentos se detiene para que los portadores sean relevados.

Al arribar al primer calvario ya los espera la Virgen de la Soledad, que se encuentra acompañada de una cera encendida. Al pie del calvario han puesto un petate donde habrá de descansar el Nazareno, mientras una fila de fariseos se coloca detrás para seguir protegiéndolo. Toda la procesión se hinca y, aprovechando la visita del obispo franciscano de Nayarit, quien durante toda la Semana Santa se mantuvo respetuosísimo de la costumbre tepehuana, se le pide que dirija las oraciones de padres nuestros y aves marías. En cuanto termina el rezo, los cantores, siempre atentos a los redobles de tambor que da el segundo capitán, inician sus cánticos. La procesión se pone en pie y, tomando su formación, sigue avanzando hacia el segundo calvario.

Al llegar a éste ejecutan los mismos actos, haciendo otro más: el crucifijo grande, que va por delante del Nazareno, es apenas recostado de espaldas en la esquina derecha del calvario, a los pies de la Virgen de la Soledad. En los dos calvarios siguientes esta acción habrá de repetirse.

La procesión avanza hacia los dos restantes calvarios. Anochece y las velas, que van envueltas en hojas de encino roble para que el aire no las apague, empiezan a iluminar el camino; suena el violín y los tambores, los cantores y su coro femenino no descansan. Tampoco descansan los cabos que dan vueltas y vueltas, cada uno en sentido contrario al otro, alrededor de la procesión, porque tienen que vigilar que nadie se retrase, se salga de la formación, se vaya o se adelante. Para eso llevan sus varas y mecates amarrados a la cintura.

El camino del *via crucis* empieza y termina en el templo, pasando siempre por el Aposentillo. Y frente a éste, después de recorrer los cuatro calvarios, los fariseos se separan de la procesión, se forman de la misma manera en que se encontraban al inicio y esperan a que el resto de la formación avance rumbo a la iglesia.

Al pasar frente al Nazareno, las imágenes que le seguían, todas y cada una en su momento, le hacen dos reverencias y continúan su camino; los cantores y el coro femenino les sigue detrás y dejan de cantar cuando todas las imágenes y crucifijos se encuentran dentro del templo.

Por su parte, el Nazareno es llevado en andas por sus portadores al interior del Aposentillo. Entra de espaldas y allí se queda otra noche

más prisionero, mirando hacia la iglesia, vigilado por los fariseos, cuidado y atendido por los nazarenos quienes lo desatarán del *ataushcary* lo despojarán de la pequeña cruz de madera, pintada de verde con vivos dorados, que durante todo el trayecto soportó sobre el hombro izquierdo.

Cuando todo ha terminado, los fariseos y conocidos se reúnen al calor de la hoguera a platicar, a bromear, a fumar. Poco a poco la gente se retira rumbo a sus casas, a descansar, pues son pasadas las nueve y media de la noche, y porque el día de mañana, el Viernes Santo, es un día largo.

Viernes Santo cerca de las nueve de la mañana, mientras a la enorme matraca del atrio manos infantiles no le dan descanso, sale la primera carrera de niños matraceros que van veloces por el camino del *via crucis* llamando a los pobladores. La carrera anuncia que hay que irse preparando para congregarse, después de la tercera y última carrera, entre el Aposentillo y la iglesia.

Desde el miércoles por la tarde están trabajando las cocinas. Las señoras asisten a colaborar por invitación expresa de las *fiesteras*, esposas del gobernador y del mayordomo que se encargan de dirigir las tareas de sus respectivas cocinas. La madrugada del jueves las encuentra en las labores de moler el maíz, de preparar tortillas, de cocer los frijoles y el atole.

Por su parte, los hombres, principalmente gobernador y mayordomo junto a sus ayudantes, se encargan de surtir a las cocinas de leña, piloncillo, maíz, frijol, agua, mover los enormes cazos, y de vigilar que el atole no se pegue. Para este día, Viernes Santo, además de frijoles, atole y tortillas, cocinarán caldo de pescado.

De la molienda del maíz se encargan principalmente los jóvenes varones y mujeres, ellos accionan los molinitos manuales mientras ellas, frente a ellos, vierten poco a poco el maíz en la boca del molino: primero los granos cocidos, después una segunda molida para obtener una masa más fina. En esos momentos, aprovechando ese espacio abierto por el trabajo colectivo, de pie y uno frente al otro, pueden platicar, contarse cosas en voz baja, intercambiar miradas y sonrisas, enamorarse (no olvidar que son días santos, días en que les está prohibido, bajo pena de ser azotados, enamo-



rarse abiertamente). En las puertas de la cocina se amontonan los jovencitos, esperando el momento en que un molino se desocupe, aquél en el que está la muchacha de su interés, para proponerse como relevo en la molienda. Por su parte, las señoras aprovechan la presencia de conocidas y familiares para comentar las últimas noticias, o hablar sobre cómo va la fiesta, sin dar tregua alguna a su trabajo.

Unos minutos después de las diez de la mañana sale la segunda carrera de niños portando matracas. Al pie de la matraca grande, que suena sin descanso, se congregan alrededor de treinta o cuarenta niños no mayores de doce años. Ellos tienen que estar ahí, desde el jueves hasta el sábado a medio día, haciendo guardia; llegan como a las ocho de la mañana y se retiran después de que acaban las procesiones, se les da permiso de ir a comer y siempre se mantiene una guardia como de diez personajes. Son vigilados por los fiscales, que no les permiten que "anden por ahí travesando", alejados de su tarea.

En el interior del Aposentillo, fariseos y nazarenos se dedican a adornar la urna del Nazareno moribundo. Desde temprano han

traído una urna de madera pintada de azul con vivos rojos. Adentro recostaron al Nazareno amortajado, un pafuelo blanco le cife la cabeza, que le descansa sobre una almohadita tejida en blanco, con el rostro cubierto por un paliacate rojo. Las columnas de la urna son adornadas con flores amarillas, blancas, moradas, anaranjadas, rojas, rosas y con hojas verdes oscuras y diminutas.

En la parte superior de la urna floreada le han colocado, a lo largo y ancho, una trenza de papel china rosa y blanco; para transportarla en andas le ataron, entre las patas, unos travesaños de madera. Toda la labor de adornar la realizaron sobre un petate nuevo, instalado frente al otro en el que siempre ha estado de pie el Nazareno. La cruz que éste llevó sobre el hombro izquierdo el día de ayer, durante el recorrido de los calvarios, es fijada a la urna y a los pies del Nazareno, en dirección hacia afuera, mirando hacia el templo.

Parte la tercera carrera de niños alrededor de la diez y media de la mañana. Los cabos llevan lanzas con las puntas hacia el piso, y los hombres, que el día de ayer vigilaban al Nazareno durante la procesión, portan las carabinas con el cañon hacia abajo.

Animosos y alegres, pasando de las once de la mañana, convocados por los redobles del tambor del segundo capitán y por los cometazos de los toros, se concentran frente al Aposentillo los fariseos.

Los nazarenos sacan la urna con el cuerpo de Jesús, y los fariseos con sus lanzas hacia él, como protegiéndolo, lo rodean y lo llevan con la cruz por delante en medio de las letanías de los cantores hacia el templo; a los lados de la urna van los hombres con las carabinas, quienes llegando a las puertas se quedan allí de guardia.

Entran y llevan directamente hacia el altar al Nazareno. Allí lo depositan, con el costado izquierdo hacia el altar, sobre un petate nuevo. Salen los fariseos sin ceremonia alguna. Los cantadores inician cánticos tristes y lentos sobre la muerte terrible de Jesús: "Ay, válgame Dios, llóreme, ya Jesús murió". Jesús el Nazareno ha muerto.



En el interior del templo, del lado izquierdo, descansan sobre petates y cubiertos con mantas los crucifijos; los pequeños están acostados; los de mayor tamaño, que son tres, descansan la cabeza sobre las bancas pegadas a

la pared; entre banca y madero han puesto petates.

Frente a todos ellos, dándoles la cara, también sobre petates, reposan descubiertas las diferentes imágenes de la Virgen, de los santos y los retablos de la Guadalupeana. Delimitando un camino que va de la entrada al altar, han colocado candeleros, que desde el momento en que la urna es depositada en el altar son encendidos por hombres y mujeres que custodian crucifijos e imágenes: cristeros, nazarenos, alumbradores, portadores.

Afuera en el atrio, niños y jóvenes se entretienen tocando unas flautas de carrizo de cuatro tonos, llamadas *kui vakar*; las manufacturan para estos días y les arrancan múltiples silbidos. Llegando el Sábado de Gloria tienen que ser destruidas, ya no podrán seguir tocando, porque estos días —Jueves y Viernes Santos—, son los únicos permitidos para hacerlo.

Cuando en el interior del templo cesan los cantos, se ve llegar a dos cabos escoltando a cuatro jóvenes voluntarios, que fueron reclutados para hacer la primer guardia de una larga serie, ante el cuerpo de Jesús.

Cerca de las dos de la tarde se forman los fariseos, y lanzas en alto van presurosos, con ollitas, cubetas y morrales hacia la Casa Real. Van a recibir su dotación individual de frijoles, atole, tortillas y caldo de pescado, para después partir a sus casas a compartir con la familia el alimento comunitario.

Después de las cuatro de la tarde se oficia misa, aprovechando la presencia del obispo y sacerdote franciscanos. Esta termina después de las cinco, inmediatamente sale una carrera de niños matraqueros y

los niños del atrio se dan gusto haciendo sonar la matraca grande.

Los fariseos traen leña al lugar de costumbre y encienden una hoguera. Cerca de las cinco y media se forman frente al Aposentillo y parten hacia el templo, por delante de ellos van sus capitanes y los cabos.

Sobre los sombreros rojos, inclinadas hacia afuera y adornadas con listones coloridos de papel, van las lanzas; caminan envueltos en los redobles de tambor y los trompetazos de los toros.

En cuanto los fariseos entran al templo, cerrando la entrada se colocan tres niños portando la cruz y los candeleros de hojas de lata, atrás de ellos toman su lugar en la formación dos niños con matracas. El fiscal que se encarga de cuidar a los niños en guardia permanece al pie de la cruz y de la matraca; los congrega a la cabeza de la procesión que, poco a poco, empieza a salir del templo. El orden en la formación de la procesión es el mismo que guardó el día de ayer. Nada más que, ahora, los crucifijos van acostados sobre los hombros de sus portadores, pues Jesucristo ha muerto.

La procesión camina lentamente con sus necesarias paradas. En cada calvario descansan la urna sobre un petate a los pies de la Virgen de la Soledad. El crucifijo mayor descansa sobre el hombro izquierdo del portador hincado y a los pies de la urna. Los fariseos cubren la urna como ayer cubrían a su prisionero. El caminar de esta procesión es acompañado por los cantores y el coro de señoras que, con aires tristes, no dejan de lamentar la muerte de Jesús y el sufrimiento de su madre la Virgen María. Los cabos corren y corren entorno de la procesión en marcha. Los toros y el tambor del segundo capitán de fariseos de vez en cuando se dejan escuchar; también suenan, quedito, el violín y el tamborcito. A lo lejos se escucha la matraca del atrio, cuando la procesión hincada y respetuosa reza, tan respetuosa que hasta los niños que van a la cabeza enmudecen. En cada calvario un cabo se encarga de llevar a cuatro jóvenes reclutados, voluntariamente o a la fuerza, para sustituir a los que están de guardia en la iglesia. Esta tarea deben hacerla de prisa, pues deben de estar de regreso

para cuando la procesión inicie la marcha hacia el siguiente calvario, ya que tiene que ayudar a vigilar la buena marcha de la misma.

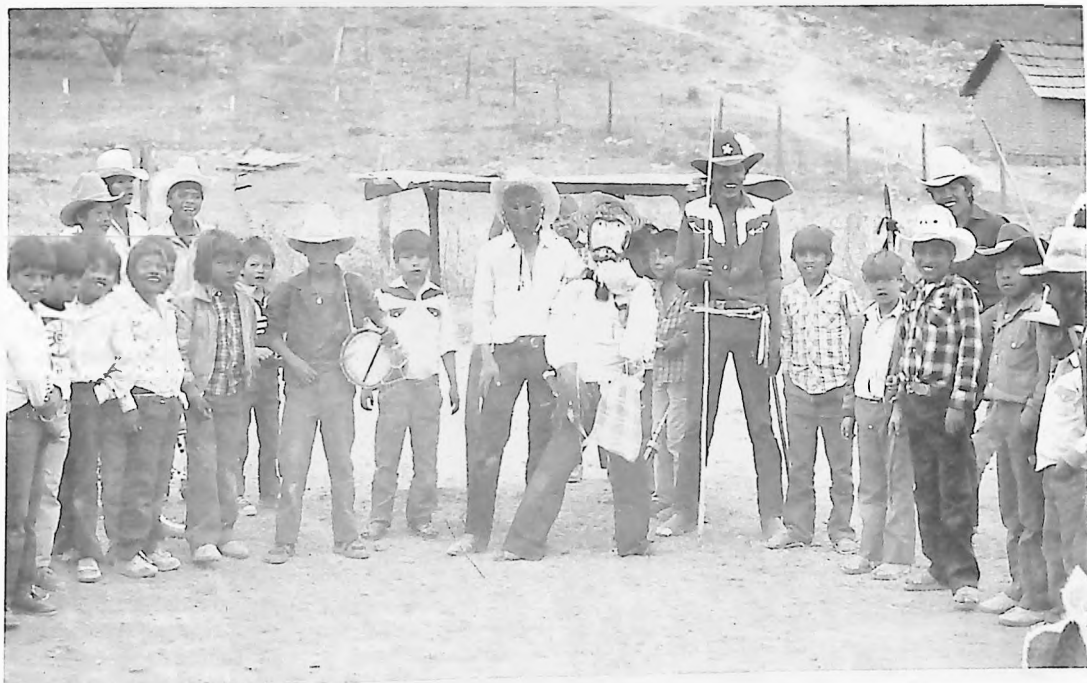
Cerca de las siete de la noche la procesión se dirige hacia el templo. Cuando llega al atrio, los niños que van a la cabeza son separados de la formación y llevados en grupo a los pies de la matraca y a la cruz. El grueso del grupo entra lentamente al templo, donde cada sector acomoda en el lugar que se encontraban al iniciar el recorrido, a crucifijos e imágenes.

Los cristeros se reúnen en el lugar donde empiezan los petates, del lado izquierdo. Esperan a que pasen primero los crucifijos mayores, quienes tienen que ocupar los lugares cercanos al altar. Los nazarenos y fariseos depositan, entre cánticos y alabanzas, la urna en el altar. Los portadores y alumbradores descansan sobre los petates del lado derecho del templo las imágenes, los santos y los retablos.

Los cristeros alinean los crucifijos, los mayores cerca del altar y los pequeños en dirección a la puerta del templo. Mientras unos de ellos se dedican a la tarea de cubrirlos, los otros forman en torno a los crucifijos una valla que, de pie, aísla la zona de los crucifijos del resto del templo.

Cuando todos los crucifijos descansan sobre los petates y bien cubiertos por las mantas, la valla de cristeros se hinca mirando hacia los crucifijos.

De la cabeza de esta fila, cercana al altar, dos hombres se levantan y toman una manta blanca y grande; se dirigen hacia el final de la fila. Empiezan a quitar a los hincados las coronas de capulín y las echan en la manta blanca; al terminar la atan y forman un voluminoso bulto blanco.





Entonces uno de los hombres que iniciaron la tarea, toma el bulto y emprende el camino de regreso en dirección a la puerta del templo, presentándolo a cada uno de los hincados para ser reverenciado a su vez; ellos se inclinan sobre los dos costados de aquél, y hacen como si lo besaran. El bulto termina su recorrido con los cristeros que están hincados cerca del altar, ellos lo cobijan con la manta que cubre al crucifijo mayor. Acto seguido, los cristeros del principio de la línea van caminando sobre sus rodillas, pasando ante cada crucifijo y se persignan, después se inclinan ante ellos, haciendo también como si los besaran.

Los que han cumplido con estas obligaciones se ponen de pie y van a encender velas, a acomodar alguna cosa y se van preparando para velar otra noche más a los crucifijos.

Cerca de la diez de la noche salen los cargadores a traer el pulque que consiguieron los cristeros y que fue colocado en cada uno de los calvarios al terminar la procesión. Dicen ellos que el pulque es el sudor de Jesucristo y se comparte en la Casa Real entre los presentes.

Afuera, en medio de la obscuridad de la noche arde la hoguera del Aposentillo, en torno a ella se juntan fariseos y algunos amigos; ellos tienen que velar aún esta noche. Después de las diez, casi todo el mundo está en sus casas descansando, reponiendo fuerzas para recibir mañana el Sábado de Gloria.

El Sábado de Gloria, el sol sorprende a esta comunidad en plena actividad. Las cocinas empiezan a ser desmanteladas. Ya no arde leña y sólo las brasas dan calor. El interior del templo luce limpio. Imágenes, crucifijos y retablos están en las paredes, en los altares, aún cubiertos de mantas. Los niños a los pies de la matraca y la cruz se agrupan; los han mandado desde temprano al monte para recoger flores de pino y naranjas, los mayores ha-

cen ramitos con las flores que, después de que la Gloria se abra, serán entregados a los santos del templo en calidad de ofrendas.

Entre las ocho y nueve de la mañana, en medio del acostumbrado sonar de la matraca, salen dos carreras de niños. Como a las nueve y media fariseos y cabos se forman en dos filas, y en medio de ellas sus dos capitanes. Entre el Aposentillo y la Casa Real caminan para adelante varios pasos, el primer capitán marca el alto alzando el bastón, en ese momento los fariseos levantan y bajan con rapidez las lanzas y girando media vuelta sobre su derecha vuelven a iniciar el paso. El primer capitán no gira, recorre el camino de vuelta de espaldas y vuelve, después de otros pasos, a mar-

car el alto. Así hasta completar cinco vueltas, acompañados por los redobles de tambor y los sonidos de los dos toros. Terminan, y formados como están se dirigen al Aposentillo donde descansan por unos momentos.

Cerca de las diez son llamados a formación por su primer capitán. Se aprestan para llevar al Santo Señor Santiago y a la Virgen de la Soledad de regreso al templo. En medio de las dos filas, casi adelante de ellos y en línea, dos fariseos llevan al Señor Santiago, un niño a la Virgen y otro la ollita de barro adornada con flores; la Virgen va en medio, el Señor Santiago a su derecha y a la izquierda el niño con la ollita. Los depositan en el interior del templo. En un altar lateral del lado izquierdo descansa el Santo Señor Santiago y junto a él la ollita; frente a él, en otro altar lateral, descansa la Virgen. Sin ceremonias los fariseos regresan rápidamente al Aposentillo, frente al cual descansan sus lanzas y esperan platicando, riendo, fumando.

Parte otra carrera de niños con matracas alrededor de las once de la mañana. A los pocos minutos de que ellos regresan, toman formación los fariseos en el lugar de costumbre, y a la voz de su primer capitán se dirigen hacia la Jefatura de Cuartel, a entregar la Autoridad. Van riendo, contentos en medio de redobles de tambor y de trompetazos de toros.

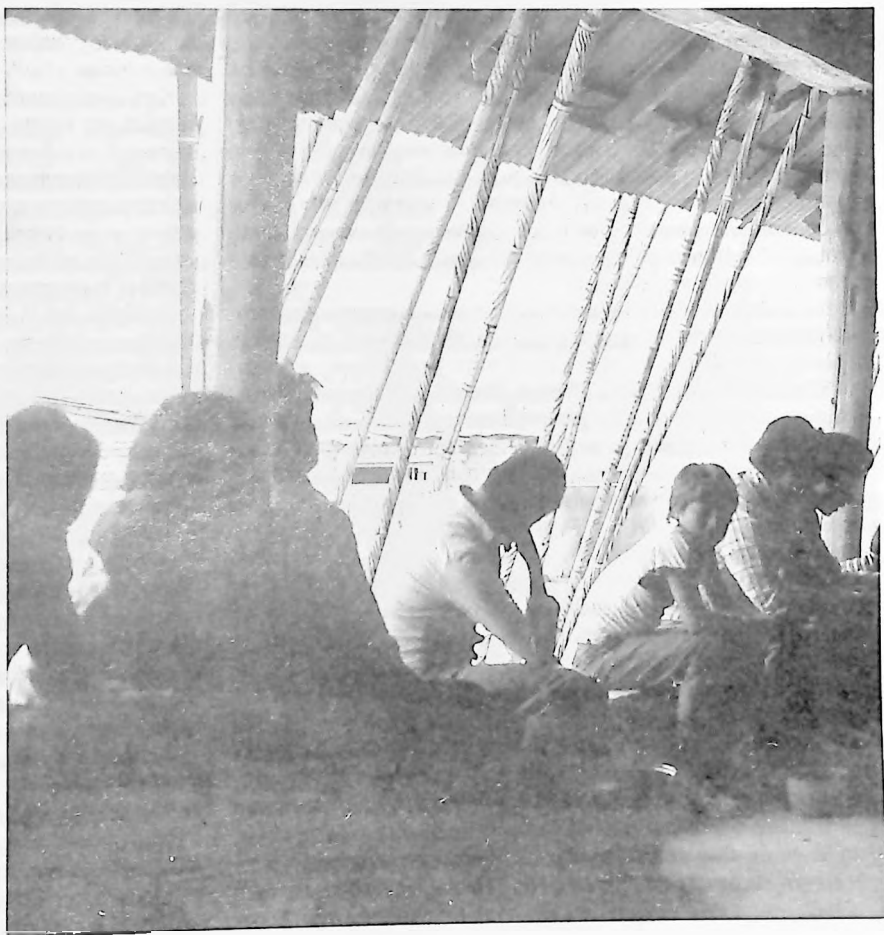
Presiden la reunión en el interior de la Jefatura: el gobernador, el secretario, el regidor y el juez primero. Frente a ellos, sentados en las bancas, des preocupados y alegres, un nutrido grupo de hombres los mira.

Los fariseos permanecen afuera de pie, formados en dos líneas mirando hacia la jefatura, sus dos primeros capitanes entran; se paran frente a las autoridades. Entre respetuoso y bromista el primer capitán les dice que ya terminaron, y que no hay ningún parte que dar, que todo ha transcurrido en calma, sin ningún contratiempo y que se retirarán porque viene siguiéndoles la huella un señor al que no quieren ver.

El gobernador le pregunta, alegre y en medio de las risas y comentarios de la concurrencia, que quién es ese señor del que habla, que por favor le dé más señas, porque él no ha oído hablar de ese misterioso señor. El primer capitán replica que no le puede dar más señas y que espere a la tarde, hora en que por el pueblo se va a aparecer ese señor.

Todos ríen, están jugando a no nombrar al Judas que en la tarde los muchachos con zacate pasearán en burro por el pueblo.

Mientras las risas y bromas alusivas al Judas continúan, el regidor recibe las llaves de la cárcel y sale a verificar que en ella no se encuentre nadie preso; regresa de inmediato y notifica que no hay novedad, que todo está en orden.



Se despiden los primeros capitanes de la concurrencia y regresan felices y contentos los fariseos al Aposentillo. Ahí en la entrada descansan las lanzas, inmediatamente sacan un serrote y hacen ranuras profundas, de tramo en tramo. Conforme van siendo ranuradas las guardan adentro del Aposentillo.

Pasan de las once y media de la mañana. Mientras los fariseos se dedican a serruchar, se acercan a la iglesia grupos de hombres, niños y mujeres, pasan dos hombres con un grueso de cohetes, van los gobernadores y algunos hombres con guitarras y un acordeón; lentamente, más y más gente se concentra en el atrio frente al templo.

Faltan diez minutos para las doce del día y los fariseos terminan su labor, sacan las lanzas y se forman, se encaminan hacia el templo.

Entran y se dirigen al pie del altar principal. Allí están los cargadores con unas varas largas y delgadas de otate; junto a ellos se acomodan los cabos; el primer alguacil sostiene en ambos brazos algunos bastones de mando y solemne mira de pie hacia la entrada del templo.

A las doce del día suenan tambores, toros, matracas, acordeón, guitarras y campanas: afuera truenan cohetes y no para de sonar la campana. Inmediatamente los hombres con las varas largas de otate quitan las mantas que cubren a los santos, imágenes y retablos que la noche anterior fueron colgados de las paredes. Los fariseos empiezan, desde el altar hasta salir un poco fuera del templo, a realizar los mismos movimientos que hicieron hoy por la mañana, avanzar hacia adelante y después regresar, el primer capitán hace lo propio, pero él no sale del templo, se detiene en el umbral. Al iniciar la quinta vuelta, rumbo a la puerta, imprevista y rápidamente los fariseos apoyan las lanzas en el piso y, sin dejar de caminar, con un pie las van quebrando tramo por tramo. Los cabos, que estuvieron atentísimos a los movimientos, los siguen con rapidez y recogen apresuradamente los trozos de lanzas.

En medio de los sonidos de música y madera quebrada se escuchan gritos alegres, y la gente que llena el templo se agolpa detrás de cabos y fariseos.

En el atrio todo es alegría: suena la campana sin parar en medio del estruendo de los cohetes; han quitado la matraca enorme y luce sola la cruz. Los fariseos seguidos de los cabos, se dirigen presurosos hacia el Aposentillo, los niños son liberados de sus obligaciones y van por todas partes corriendo, jugando, buscando trozos de lanzas que pudieran haber quedado por ahí tiradas. Se abrió la Gloria.

En el Aposentillo empiezan a reunirse los fariseos que conforme llegan se sientan; tranquilos van quitando los paliacates rojos a los sombreros. El primer capitán espera sereno y paciente a que todos sus hombres estén ahí reunidos. Cuando ya no falta nadie, él se pone de pie y respetuoso se dirige a ellos diciéndoles que por este año, gracias a Dios, ya cumplieron. Después, entono severo, les reclama que por esos días escuchó quejas de algunos que andaban diciendo que ya no querían continuar con la costumbre, porque gentes de otras partes decían que de nada servía.

El pedía que le dijeran si eso era cierto y que en el mismo momento él presentaba su renuncia; él no se oponía a los cambios, pero mientras no le mostraran con *las pruebas en la mano* cuáles y cómo eran las otras costumbres, él no cambiaría las suyas, porque él estaba obligado —aunque para ello pasara penurias— a continuar

con las costumbres de sus antepasados que *venían desde quién sabe cuánto tiempo atrás*. Todos los presentes, casi al unísono, manifestaron que pensaban como él y se comprometieron para acompañarlo en estas tareas para el año siguiente, si Dios les daba vida.

Aclarada la cuestión, entre solemne, emocionado y alegre, el primer capitán tomó la palabra y les hizo a todos una recomendación, que era también una súplica: si en el transcurso del año, por cualquier motivo, él moría, les encargaba de la manera más atenta que continuaran con la costumbre, que no la perdieran, que buscaran a otra persona para que fuera su primer capitán. Después dirigió palabras respetuosas de agradecimiento a los cabos por la ayuda prestada en esos santos días.

Finalmente se despidió de todos los presentes con la esperanza y el propósito de continuar con la costumbre, *si Dios es servido*, el año entrante.

Después de que abrió la Gloria, se abrieron también las tiendas y en torno a ellas se reunieron los hombres jóvenes, maduros y viejos a tomar refrescos, a comer cacahuates, a platicar, a fumar, a comentar los pormenores y las buenas jugadas de varios partidos de volibol que los jóvenes organizaron. Todos descansan y se van retirando para sus casas.

En algún lugar del monte varios jóvenes se preparan para hacer el Judas de zacate, con figura y proporciones de hombre adulto.

Para la seis de la tarde ya no hay fuego en la esquina del Aposentillo.

En las cocinas ya no queda nadie, sólo un reducido número de jóvenes que almacenan en cada cocina la leña que sobró. Poco a poco la comunidad recobra vida. Las mujeres limpiecitas y seguidas de niños van hacia la iglesia; los hombres forman grupos que van de un lado a otro, o se paran por ahí a platicar y a bromear. Hombres a caballo recorren el pueblo gritando, riendo, fanfarroneando y adornándose como jinetes. Viene un joven tocando un bajo sexto alegremente; va rumbo a la Jefatura.

Pasadas las seis y media de la tarde la gente llena el templo.

En el atrio, un grupo de muchachos, hombres y mujeres, bailan disfrazados la danza del arco, siguiendo los sonecitos que un violinista solitario ejecuta. En el interior del templo, justo a la mitad de la gran y única nave, colocaron

dos mesas: en una descansa el Santo Señor Santiago, a la diestra de esta mesa está la otra, más pequeña y más baja, rebosante de frascos de agua, velas, cesticitos con alimentos, retablos, palmillas, platitos con mazorcas de maíz. Son los objetos que el obispo bendijo.

El Santo Señor Santiago mira hacia la entrada, en la mano derecha levanta la espada, con la izquierda sostiene una banderita nacional. Ahí, montado sobre su caballito blanco, da la cara a un grupo de jóvenes que con palmas de papel china colorido en la mano, bailan sonos de matachines con su penacho de pocas plumas oscuras y al ritmo de sonos de violín. En cuanto ellos terminan su danza, se oyen los acordes alegres de una polka ranchera que sale de un acordeón, una guitarra y un bajo sexto.

Cerca de las siete de la noche dos hombres toman al Señor Santiago, y en medio de la música norteña se encaminan hacia la puerta del templo, por delante de ellos avanzan los matachines, que no paran de bailar ni de reverenciar al santo. El Señor Santiago se detiene en el umbral, afuera, en el atrio y frente a él, como a diez metros de distancia, el regidor ondea una enorme bandera nacional: le rinde honores en medio del tañir de la campana y del estrépito de los cohetes. En cuanto terminan los honores, acompañado de música norteña y de reverencias bailadas de matachines y danzantes del arco, el santo se dirige a la entrada del atrio para detenerse mirando hacia afuera, para recibir reverencias de los jinetes, que en cuanto lo ven asomar se descubren las cabezas.

Salen del atrio y se dirigen a la Jefatura de Cuartel. A la cabeza van los hombres de a caballo, seguidos por los dos grupos de danzantes, vienen después la bandera seguida por el Santo Señor Santiago, a cuya izquierda viene dando pequeños redobles un tambor, y detrás de éste los músicos norteños no paran de tocar, hasta el final vienen gentes del pueblo siguiendo de cerca a esta comitiva del Santo Señor Santiago. Se dirigen hacia la jefatura, donde descansará el Santo hasta las tres de la mañana del otro día, en que saldrá acompañado de la misma comitiva a recorrer el camino de los calvarios para borrar, uno por uno, los rastros del sufrimiento de Jesús.

Cubrieron el escritorio principal de la Jefatura de Cuartel con un mantel, pusieron allí

al Señor Santiago. Los matachines dan inicio a una danza sencilla en su honor, mientras los norteños siguen tocando polkas y canciones rancheras. La gente que venía siguiendo al Santo y acompañantes se distribuye en las bancas del enorme salón de la Jefatura a mirar, a escuchar y a rendir honores y respeto a su Santo.

Norteños, danzantes del arco y matachines se relevan en rendir honores al Señor Santiago. Así continuarán hasta las once de la noche, tiempo en el que tomarán un descanso porque a las tres de la mañana del domingo saldrán con el Santo a recorrer los calvarios.

El Domingo de Resurrección, entre las tres y cuatro de la mañana, el Santo Señor Santiago recorre el camino de los cuatro calvarios, va acompañado por el mismo grupo que en la tarde del sábado lo llevó del templo a la Jefatura de Cuartel: van en el mismo orden de formación y se les han unido dos alumbradoras y una señora que porta el sahumador quemando copal.

El grupo va animoso, dando gritos alegres en medio de la música de los norteños y el continuo tronar de cohetes. Encima de cada calvario instalan al Santo y a sus pies, bajo su espada, se coloca el regidor con la bandera, las alumbradoras flanquean al Santo; dejan de tocar los norteños, sueñan las campanas de la iglesia y los matachines y danzantes del arco inician juntos, cada uno por su lado y frente al Santo, sus danzas.

Cuando ellos terminan de bailar, el grupo inicia una marcha hacia el siguiente calvario.

Antes de cada calvario hay un pequeño arroyo donde la bandera *bendice el agua*: moviendo la bandera de un lado para otro y de arriba para abajo, mientras uno o más jinetes permanecen dentro del agua sobre sus monturas, en tanto que alguien hace estallar cohetes a las patas de los caballos.

Así caminan hasta llegar al cuarto calvario, donde prenden veladoras y, mientras los bailadores no paran, un grupo de hombres enciende una gran hoguera frente al Santo. Poco a poco las gentes van retirándose. En el cuarto calvario el Santo Señor Santiago y la guardia de hombres en la hoguera esperarán la salida del sol.

Pasadas las ocho de la mañana el abanderado, los hombres de a caballo, los danzantes, los músicos y demás gentes —entre desvelados y alegres, en medio del tañir de campana y de explosiones de cohetes—, van por el Señor Santiago. Lo retiran del calvario ceremoniosamente y lo llevan a la Jefatura de Cuartel. Ahí descansa una hora, tiempo en que bailarines y músicos le rinden honores, cada quien a su manera y en su momento.

Poco antes de las nueve de la mañana, el Señor Santiago y sus acompañantes inician el camino hacia el templo. Cuando se han alejado un poco de la Jefatura hacen un alto y esperan a un grupo, compuesto en su mayoría por mujeres, que portan una imagen de la Virgen de La Candelaria acompañada de música de tambora, de violín y tamborcito, y de una banderita amarilla con una cruz roja al centro. La Virgen viene a recibir al Santo con su séquito e insignias.

A cierta distancia este grupo se detiene. Ambos inician una serie de cuatro saludos, en los que cada portaestandarte ondea, uno después del otro. Después de cada saludo caminan unos pasos y se van acercando lentamente.

Cuando están casifrente a frente, el Santo avanza por el costado derecho de la Virgen que hace lo mismo, girando para quedar otra vez el uno frente a la otra. Intercambian saludos con banderas, avanzan hasta quedar cerca de frente el uno a la otra, colocan en medio de ellos el sahumero que los envuelve por unos momentos en una nube de humo de copal.

Después, la Virgen de La Candelaria se coloca del lado izquierdo del Santo Señor Santiago y empiezan a caminar rumbo al templo. Se detienen en la entrada del atrio para despedir a los hombres de a caballo. Caminan hacia el templo y hacen alto justo a la entrada, voltean y reciben saludos de las banderas. Entran en medio del tañir de la campana y los redobles del tambor. Los matachines inician una danza que dura pocos minutos, mientras acomodan en sus respectivos lugares a la Virgen y el Santo.

Afuera se ha quedado la bandera tricolor haciendo guardia. Cerca de las nueve y media da inicio una misa, del templo sale el gobernador con algunos hombres en dirección a la jefatura, con ellos se va también la bandera.

En la Jefatura de Cuartel, presididos por las autoridades se reúnen los hombres acompañados por los músicos norteños que no dejan de tocar. Cerca de las diez de la mañana, el gobernador se dirige a la alegre concurrencia para invitarlos a *ir por ahí, a todos los que sean gustosos*, y como todos los son, salen de la jefatura con el sombrero en la mano siguiendo a la bandera y a las autoridades; se encaminan en dirección al cuarto calvario, porque más allá de él, cruzando un arroyo y al pie de una loma, está atado a un palo y esperando la hora de su muerte el Judas.

Es un grupo numeroso de hombres que se detienen como a cien metros de distancia del Judas; allí, al pie de la bandera, colocan una banca de madera para que las autoridades se sienten. Es costumbre dispararle con pistolas al Judas para después quemarlo, pero en esta ocasión es así porque mandaron de la capital del estado a cinco policías judiciales para vigilar el orden de estas fiestas; y por lo tanto nadie se atreve a sacar sus armas por temor que se las confisquen; así que invitan a los judiciales a tirar.

Ellos aceptan y disparan sólo cinco tiros; y como no quieren continuar gastando balas, un joven se coloca una máscara de matachín, toma la espada de uno de los cabos y se dirige, jugando a esconderse,

a enfrentar al Judas. Llega frente a él, le propina unos golpes con la espada, lo derriba y se trencan en una lucha cuerpo a cuerpo. El joven enmascarado prende fuego al Judas, con cuyo cuerpo de zacate envuelto en llamas, Termina la Semana Santa.

Los hombres regresan a la Jefatura de Cuartel, van a que se les libere, a que se les dé permiso de retirarse a sus casas, a sus rancherías que están en anexos lejanos. Se despiden y se van tranquilos y felices, porque este año cumplieron otra vez con su costumbre.

Bibliografía

- Basauri, Carlos, *La población indígena de México*, tomo 1, SEP, México, 1940, pp. 353-363.
- Benítez, Fernando, *Los indios de México*, Era, México, 1972.
- Gámiz, Everardo, *Monografía de la Nación Tepehuana que habita en la región del sur del estado de Durango*, Ediciones Gámiz, México, 1948.
- Hinton, Thomas B., *Coras, Huicholes y Tepehuanes*, INAH, Colección SEP-INI, México, 1972.
- Lumholtz, Carlos, *El México desconocido*, tomos 1 y 2, INI, México, 1902.
- Sánchez Olmedo, José Guadalupe, *Etnografía de la Sierra Madre Occidental. Tepehuanes y mexicanos*, Colección Científica 92, SEP-INAH, México, 1980.

Juan Gamíño, José Luis Moctezuma, Grissel Soto, María Ambríz y Joaquín Paez son egresados de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH.